



Edouard Saab, destacado en Beyruth, ha reconstruido en sus menores detalles el nacimiento, el desarrollo y el fracaso del complot organizado contra Nasser por un grupo de oficiales que habían sido sus compañeros de siempre. Edouard Saab ha contado con tres fuentes para la reconstrucción de los hechos: árabe, soviética y norteamericana. Este trabajo aclara diversos hechos hasta ahora inexplicables, sobre todo, la dimisión provisional de Nasser, anunciada a raíz del enfrentamiento militar árabe-israelí.

EL COMLOT DEL 26 DE AGOSTO

ME has tendido una trampa. Me invitas a cenar, pero es para meterme en la cárcel. No te atreves a enfrentarte a mí y has recurrido a esta argucia para neutralizarme. Desde luego, es tu estilo. Eres muy fuerte, muy hábil para protegerte contra los

que te critican, para batirte contra los egipcios y árabes. Me hubiese gustado que hubieras demostrado el mismo talento para destruir Israel...

«No tengo nada más que añadir... Usted puede disponer».

En Manchiet El Bakr, en la re-

sidencia del jefe de Estado egipcio, el coronel Nasser y el mariscal Amer cenaban como dos viejos amigos la noche del 26 de agosto pasado, unas horas antes de abrirse la conferencia de Jartum. Pero, de repente, la conversación subió de to-

SIGUE



Amer y Nasser: «No te atrevas a enfrentarte a mí y has recurrido a este argucia para neutralizarme». A la derecha, Mohieddine, sustituto de Nasser cuando dimitió

no. Nasser acababa de anunciar al mariscal que debía aceptar ser la cabeza de turco que él necesitaba para salvar el régimen, aceptar de buen grado las medidas disciplinarias tomadas contra él y contra sus amigos. Pero he aquí que el viejo camarada de siempre se revuelve, discute, razona y reacciona con vigor. Ha bebido, como dice la expresión árabe, «leche de leona». Para aceptar la componenda, impone sus condiciones: todos los oficiales contra los que se han tomado represalias, arrestados domiciliariamente o susceptibles de ser llevados ante consejo de guerra, tendrán que volver a sus destinos anteriores y se beneficiarán de un «no ha lugar». Si no, habrá lucha abierta...

Pero no hubo ocasión para ella. No podía cogerle desprevenido a Nasser. Mientras cenaba en su casa con el mariscal, fuerzas leales rodeaban la residencia y la Policía llevaba a cabo pesquisas y encontraba octavillas y documentos comprometedores. También detenía a oficiales superiores sospechosos de oposición que, efectivamente, se preparaban a desencadenar un complot contra Nasser. Debía ser formado un nuevo «consejo de la revolución» que conferiría el poder a un gobierno presidido por Chamseddine Badrane, ex ministro de la Guerra. El mariscal Amer debía ser restablecido inmediatamente en sus funciones de comandante supremo de las fuerzas armadas. En el caso de que Nasser se resistiera, el propio mariscal Amer se pondría al frente de una brigada blindada y ocuparía El Cairo. Los oficiales rebeldes se habían asegurado la complicidad de numerosos militares en activo. Incluso habían obtenido la garantía de que el comandante del sector oriental, con base en Inchass, no obedecería a las órdenes procedentes de la presidencia, e intervendría militarmente, si fuera preciso, para abortar una posible reacción popular a favor de Nasser. La operación estaba prevista para el día siguiente, 27 de agosto.

Todo había comenzado el jueves 8 de junio, al día siguiente del alto el fuego concluido entre Egipto e Israel. Ese día, en la sede de la alta comandancia de las fuerzas armadas, en Heliópolis, a menos de diez minutos, a pie, de la



Mahmoud Fawzi reemplazó al mariscal Amer al frente de las fuerzas armadas. Fawzi fue delegado de la RAU en la ONU y presentó allí la propuesta de ingreso de Argelia.

residencia del presidente Nasser, todos los jefes militares egipcios vencidos se reunieron, hundidos en viejos sillones Regency, sentados en el bar, o de pie en la galería que da sobre el jardín. Allí están el mariscal Amer, comandante de las fuerzas armadas y vicepresidente de la República, el ministro de Defensa, el general Chamseddine Badrane, los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos, aviación, infantería y marina, los generales de división. Pasan la jornada discutiendo las razones y responsabilidades de la derrota. Algunos se asombran de que no se haya constituido aún un consejo de guerra para juzgar a los traidores.

«En tales desgracias, la impunidad es una alta traición», explica el general Mourtagui, comandante de las fuerzas terrestres del frente, que desconcierta por su aplomo, ya que fue él a quien, desde el primer momento, se le señaló con el dedo. La opinión pública hizo de él uno de los principales culpables, pero él reclamó un proceso público del ejército. No es que fuera un cínico o un enfermo

que tratase de todas maneras de compartir sus responsabilidades con los otros generales. Mourtagui insistía, elevando el tono:

«Aunque a ustedes no les guste, mis tropas se han comportado valientemente. Pero no estamos en los tiempos de Luis XIV o de Napoleón: las fuerzas terrestres no representan más que el 20 o el 25 por ciento del potencial militar. Era la aviación la que tenía que hacer el resto y, ustedes lo saben, nuestras fuerzas aéreas han sido destruidas en tierra, sin que se sepa ni por qué ni cómo. En Kantalla podríamos haber conseguido una victoria aplastante. Nuestros aviones casi consiguieron encerrar al enemigo y privarle de su soporte logístico. Al amanecer del miércoles, 7 de junio, se había librado, con resultados bastante honorables, una batalla de tanques blindados. Pero de repente empezaron a abalanzarse sobre nosotros oleadas de "Mirage" y de "Mystere". Eran casi trescientos aviones bombardeando nuestras posiciones. ¿Qué podíamos hacer nosotros en un terreno

completamente descubierto? ¿Oponer los cañones de nuestros tanques a los cohetes dirigidos de los "Mirage"»?

«Pero usted no dice nada de los oficiales de infantería que desertaron del frente desde los primeros momentos de la guerra» —replicó entonces el general de aviación, Mohamed Sedki Mahmoud.

El general Mourtagui respondió inmediatamente: «Los traidores deben ser todos pasados por las armas, y tanto peor si yo soy considerado entre ellos. Pero nos hace falta un tribunal para investigar y juzgar. Se sabrá entonces que yo he estado constantemente al lado de mis tropas. Y, al mismo tiempo, se sabrá la verdad sobre la aviación, sus deficiencias y, posiblemente, su traición».

Si el mariscal Amer y el ministro Badrane no hubieran intervenido, los generales Mourtagui y Mahmoud habrían llegado a las manos. Se decidió interrumpir la reunión y dar a cada uno varias horas de reflexión antes de abrir el terrible dossier. La cita se dio para el día siguiente, en el mismo sitio, pero para que la auto-crítica se estableciera sobre un plano positivo, se dio a entender que el presidente Nasser estaría presente.

El viernes, 9 de junio, por la mañana, el Raïs estaba allí, rodeado de todos los militares del ejército. Utilizó toda su elocuencia persuasiva para calmar los ánimos. Pero, a su vez, fue interpelado por el ministro de Defensa:

«¿Qué piensa usted de lo que acaba de producirse y qué conclusiones va usted a sacar?».

«Es una gran desgracia —respondió el Raïs—, yo soy plenamente consciente».

«¿Quién es, pues, responsable?»

«¿Cree usted, verdaderamente, que sería oportuno, hoy día, determinar las responsabilidades?»

«Lo creo e incluso lo exijo», respondió fríamente Badrane.

El general Hella Abdallah Ellal estaba de acuerdo con el ministro de Defensa, en compañía del cual había estado en Moscú unos días antes de la ruptura de hostilidades. Nasser se sorprendió. Se dio cuenta por primera vez desde que presidía los destinos del Egipto revolucionario, que algo había cambiado. El mito nasseriano estaba amenazado. Su adjunto, Zakaria Mohieddine, intervino.

«Somos todos responsables y debemos sobreponernos a los acontecimientos, para poder contener mejor a las masas. Guardémonos de las reacciones desesperadas. De la derrota no nos libramos ninguno de nosotros».

«Perdón —arguyó Badrane—, ha sido el propio Raïs quien ha elaborado el orden de batalla, ha sido él quien lo ha decidido todo; nosotros no contamos para nada».

«Acuérdese usted, Badrane, de lo que me decía cuando le pedí que estuviera todo previsto para hacer frente a las situaciones más peligrosas —replicó Nasser—. Todo está dispuesto, decía usted; aplastaremos al enemigo cualquiera que sea y de donde venga. ¿Y si interviene la VI Flota?, le pregunté en una ocasión: "Haré huir todos sus barcos como si fueran patos", me respondió usted. ¿Cómo iba yo a creerle y confiarle el mando del ejército?»

«Yo no habría podido soportar un desastre mayor del que ha sufrido usted —respondió Badrane—. Me cuesta decirle esto, después de haberle venerado, querido y respetado durante tan largo tiem-



Zedki Mahmoud nunca inspiró confianza a los soviéticos. Se dijo que estaba a sueldo de la C. I. A.: «¿Cómo explicar de otra manera que, al desencadenarse las hostilidades, ningún avión recibiera la orden de despegar?». Mahmoud llevaba las fuerzas aéreas.



EL COMLOT DEL 26 DE AGOSTO

po. Pero el acontecimiento es demasiado grave para que se pueda permitir abusar de la credulidad del pueblo. Los vencidos deben ceder el poder antes de que sea demasiado tarde».

«En ese caso —replicó Zakaria Mohieddine— deberíamos ser todos solidarios en la desgracia y presentar una dimisión colectiva».

«Yo me proponía —dijo entonces el Raïs— tomar inmediatamente la palabra en la mezquita, después de la plegaria del viernes. Pero necesitaré un poco más de tiempo para preparar mi discurso. Lo pronunciaré esta noche: de aquí a entonces, habré tomado mi decisión».

Badrane y todos los oficiales de su clan estaban persuadidos de que el presidente Nasser iba a presentar su dimisión. Esperaron el acontecimiento a pie firme, pues según la vía jerárquica, la presidencia debía recaer entonces sobre su amigo y protector, el mariscal Amer. De esta forma se encontraría resuelto a favor de los militares el conflicto secreto que les oponía, desde hacía varias semanas, a Nasser. Efectivamente, los generales egipcios querían tomar la iniciativa de la ofensiva. Incluso habían fijado la fecha del comienzo de las hostilidades contra Israel: el 28 de mayo. Nasser no aceptó, a instancias de los soviéticos, pero esto el ejército no lo supo hasta más tarde. Ante lo que él consideró como un enorme error táctico, por la alta comandancia egipcia, manifiesta una criminal pasividad. Mientras que el propio Nasser había dado, dos días antes, órdenes para que los aviones de combate estuvieran en alerta permanente, ¿qué hacía Zedki Mahmoud, gran amo de la aviación? El 4 de junio por la noche daba una gran fiesta con danzas orientales para mayor alegría de sus invitados. ¿Cuáles eran los proyectos del general Mourtagui, comandante en jefe del ejército de tierra? Partir para Ismailia en compañía de su mujer, con objeto de bañarse para huir del aplastante calor de finales de primavera. Curiosa pasi- **SIGUE**

vidad. ¿Es que los generales no se han aprovechado de la derrota militar y, en esa tarde del 9 de junio no piensan haber ganado finalmente, instando a Nasser a dimitir en favor del mariscal?

El viernes por la tarde, a las 19.30, la asombrosa noticia estalla como un trueno: desde su domicilio de Manhiot El Bakr, Nasser anunció a los egipcios y a todos los pueblos árabes que se retiraba de la vida pública y que dejaba el poder a Zakaria Mohieddine. Poco tiempo después, las luces se apagaron, las sirenas de alarma comenzaron a ulular, se escucharon retumbar los D. C. A. En ese instante se creyó que el alto el fuego decretado la antevíspera se había roto; pero inmediatamente después se supo que se trataba de una maniobra de intimidación de los militares antinasserianos. El efecto fue fallido. La multitud, muy densa, se dirigió hacia la residencia privada de Nasser, donde se encontraban también todos los oficiales leales. Suplicaron al Raís que revocara su dimisión.

Tres horas más tarde, Nasser hizo saber que suspendía su decisión hasta el día siguiente. Al mismo tiempo, dio orden a los miembros de su guardia presidencial, reducida a un centenar de hombres —otros mil fueron enviados de refuerzo al frente—, para que se comisionasen en la comandancia militar para detener a los oficiales traidores. Algunos minutos más tarde se anunció por la radio la dimisión del mariscal Amer y del ministro Badrane. El mariscal huyó, refugiándose en Oustal, en la provincia de Menyeh, en el Alto Egipto. El ministro de Defensa fue detenido, pero sólo por unas horas. Al amanecer del día siguiente, y según parece gracias a la complicidad del director de la prisión militar, Hamze Basyouni, pudo evadirse.

Al día siguiente, sábado 10 de junio, Nasser, bajo la presión popular, retira su dimisión. Un imponente aparato policíaco se desplegó para depurar el ejército y poner fuera de juego a todos los sospechosos, todos los golpistas en potencia: en total, unos cuatrocientos oficiales. Los comandantes en jefe de los tres ejércitos, los gene-



Podgorny denunció: «Todo ha sucedido como si los servicios de contraespionaje fuesen cómplices de Mahmoud y hubiesen tratado siempre de facilitarle la tarea».

rales Sleiman Izzet —marina—, Mohamed Zedki Mahmoud —aviación— y Abdel Mohsen Mamel Mourtagui —tierra— fueron destituidos y puestos bajo arresto domiciliario.

El general Mahmoud Fawzi reemplazó al mariscal Amer al frente de la comandancia de las fuerzas armadas. Inmediatamente acusó al antiguo jefe de la aviación, Zedki Mahmoud, de traición o de negligencia criminal: «¿Cómo explicar de otra manera que, al desencadenarse las hostilidades, ningún avión recibiera la orden de despegar?». Más tarde revelaría

que el general Zedki Mahmoud no había inspirado nunca confianza a los soviéticos, quienes sospechaban que el comandante en jefe de la aviación egipcia estaba a sueldo de la C. I. A., y habían informado al mariscal Amer de las sospechosas relaciones de su adjunto principal. A esto, el mariscal replicaría que si Zedki Mahmoud fue mantenido en su puesto era para ser vigilado mejor por los servicios del contraespionaje egipcio. Pero en el transcurso de su visita a El Cairo, el presidente soviético Podgorny se encargaría de destacar esta explicación: «Todo

ha sucedido —diría— como si los servicios de contraespionaje hubiesen sido los cómplices de Zedki Mahmoud y como si hubiesen tratado por todos los medios de facilitarle la tarea».

Más tarde, en el palacio de Koubbeh, donde encontró a Nasser en compañía del mariscal Zakrov, Podgorny sacó de su cartera un trozo de papel en el que había escrito los nombres de algunos oficiales egipcios que se habían destacado por sus cualidades durante su estancia de perfeccionamiento en la U. R. S. S. ¿Qué había sido de ellos?

«¿Qué quiere usted saber exactamente?» —replicó, un poco irritado, el presidente Nasser.

«Simplemente, si estos oficiales y, especialmente el general Mohamed Kour Aboul Ez, han tomado parte o no en el combate contra Israel».

El general Aboul Ez, a raíz de un conflicto personal que le oponía al mariscal Amer, había sido retirado del ejército y nombrado gobernador de la región de Assuan. Fue él quien, tras los primeros ataques israelitas, dio la orden personalmente, a los pilotos de los setenta y dos «Mig» que habían escapado a los bombardeos en tierra, de situarse en los aeródromos sudaneses. Sin embargo, 17 cazas «Sukoi», de Assuan, fueron destruidos: el comandante de la escuadrilla no quiso ejecutar las órdenes del gobernador Aboul Ez. En compensación, fue nombrado, a partir del 10 de junio, comandante en jefe de la aviación, después de la destitución de Sedki Mahmoud.

Poco a poco, las revelaciones de este tipo se multiplicaron: los jóvenes oficiales se preguntaban qué había sido de los famosos cohetes tierra-tierra «K a h r», «Nasser», «Zaper», que, según los planes egipcios, debían destruir Tel-Aviv en menos de treinta minutos. Los israelitas se apoderaron de los «missiles» tierra-aire emplazados en el Sinaí, pero de los otros cohetes balísticos se perdió totalmente la huella. Por menos de esto se hubiera organizado una revolución en cualquier parte, o hubiera sido suficiente para hacer caer un régimen.

EL COMLOT DEL 26 DE AGOSTO



Reunión del buró ejecutivo de la Unión General de Obreros Egipcios, presidida por Rifaet, ministro de Trabajo. Rifaet hizo distinción clara entre «judíos» y «sionistas». Abajo, mujeres egipcias de todas las categorías asisten con frecuencia a las asambleas de la Unión socialista. Sobre el papel, todo marcha como antes en la República.

Nasser, sin embargo, parecía dudar en afrontar públicamente sus adversidades y traducirlas en términos de justicia. ¿Temía las reacciones? ¿Disponía aún el mariscal Amer de toda su potencia? En 1965 había bastado para hacer silenciar un enorme escándalo, cuando un protegido del mariscal, llamado Ali Chaffic, se había procurado licencias de importación para comprar en Italia treinta dormitorios laqueados de oro. Un conocido traficante de drogas, Abdel Rahmane Zaghloul, podía «trabajar» en plena impunidad gracias a su relación con el mariscal Amer.

Hoy día parece que Nasser, después de haber esperado durante largo tiempo, se decide a decirlo todo y a contar con detalles el complot de los generales. Ha prometido, en el diario «El Arham», procesos espectaculares y sanciones ejemplares. El 12 de septiembre, el antiguo ministro del Inte-



rior, Abbas Radowan, ha sido detenido. El director de los servicios de contraespionaje, Salah Nasr, ha sido arrestado domiciliariamente. Se dice en El Cairo que esto no es más que el principio.

¿Es que Nasser se siente ahora bastante fuerte para no temer las reacciones del ejército y para poner fin al reinado de la burguesía militar? ¿Es que estima que puede contar siempre con el apoyo popular para hacer fracasar un movimiento militar, sobre la base de que el pueblo egipcio estaría unánimemente de acuerdo «para meter a todos los oficiales en el mismo saco y tirarlos todos al Nilo»? Cuatro meses después de la derrota, el Raís trata, en todo caso, de dar al fin al pueblo egipcio las explicaciones que está esperando.

EDOUARD SAAB

(Fotos: GAMMA, CIFRA, EUROPA PRESS y ARCHIVO).